

## LA VUELTA DE LOS SEGADORES

Vista de lejos, es una cruz de artísticos perfiles; vista de cerca, es una cruz tosca de piedra ó de ladrillo, levantada sobre un zócalo ó sobre un pedestal; airosa siempre, nó por su elevación, que es poca, sino por la soledad en que se encuentra, en lo tortuoso de un camino pedregal ó á orillas de una amplia y polvorienta carretera que al paso de los carros y del gentío levanta nubes de incienso.

Esa cruz es la cruz simbólica de la Fe, cruz tradicional, cruz de recuerdos en los pueblos de Castilla y de Aragón, que á uno ó á medio kilómetro del poblado sorprende al caminante recordándole la sencillez cristiana de las costumbres de los lugareños.

Al frívolo, al enfrascado en intrincadas metafísicas, al indiferente que iguala la inmensidad molecular del elefante con la indivisibilidad de la hormiga, esa cruz no le dice más que una noción de amojonamiento; al observador, al pensador profundo, al cristiano sincero y virtuoso, esa cruz le dice mucho: le recuerda la fe de los mayores, le despierta un profundo recuerdo de la creencia religiosa de los pueblos de España, le habla al alma, le aviva sensaciones en el corazón, le invita á la meditación.

¡Cruz bendita siempre, cruz siempre venerada, que habla en la soledad, que hace latir descompasadamente el corazón, que obliga á descubrirse primero, á prosternarse después, á meditar siempre!

\*\*\*

Yo viví muchos meses en uno de esos pueblos de Aragón en que se hace alarde del valor matando lobos y en que se vanaglorian todos los hombretones, desde el mocetón al viejo, de no contar más que un homicidio en el largo período de seis décadas.

Ciertamente que es muy rara la cosa en un pueblo al que rodean innumerables montículos sembrados de cepas que tienen á orgullo no dar tintos de menos de 16 grados y que cuenta por puertas abiertas el número de tabernas repletas de consumidores.

Cierto también que en aquel pueblo no se ve por las calles un alma á la hora de la misa conventual, que las rondas de mozos no lanzan al viento endechas cupidinescas, sino filosofías criminalmente pisoteadas en el arroyo y regeneradas por el arpegio vibrante de una garganta robusta.

\*\*\*

Cuando Mayo hace brotar los pámpanos, cuando las cepas tienen hecha su poda, cuando por el triangular tresbolillo ó por el dibujado marco real ha pasado ya tres veces la reja acerada del arado, cuando el cascojo de las excrecencias volcánicas está limpio de hortigas, de briznas y yerbajos, y las piedras achatadas brillan al sol con reflejos argéntinos, cuando toda la inmensidad del cielo azul se presenta sin las blancas vetas y sin los rojo-pálidos matices anunciadores de desdichas para el racimo, jóvenes y viejos, mozos y casados se reúnen en la plaza del lugar á formar cuadrillas, á trazar programas, á sumar esfuerzos y voluntades, y á comentar, sobre todo, la cosecha enorme de trigo en los Monegros, de la cosecha extraordinaria de cebadas en las Cinco Villas, y del cosechón infinito de granos en las que pronto serán calcinadas llanuras de la Mancha, por el incendio del sol y por los reflejos ardientísimos de las mieses amarillentas.

Y, substituyendo la navaja podadera por la hoz con sus resguardos, semejantes á castañuelas, hoy una y mañana otra, y luego otra y muchas más, desfilan silenciosas, tomando la inicial de las duras jornadas en la hora de media noche, las cuadrillas de segadores que de Mayo á Septiembre han de hocar cebadas, trigos y centenos, con la espalda arqueada y recibiendo perpendicularmente los rayos de un sol que después de tostar la piel tostaría también los huesos.

Aquella caravana de hombres y de borriquillas y asnos se detiene, al salir, en el silencio de la noche, frente á la cruz de piedra. No rezan á coro; el susurro de la oración no interrumpe el susurro de la brisa que habla al deslizarse por los brazos de la cruz; todos oran en silencio, con la cabeza humillada, pensando tal vez, los más, en si podrán enderezar el dorso arqueado, para volver á saludar aquella muda cruz de piedra, á la que mudamente confían sus esperanzas y sus temores en la hora de la partida.

En una de esas cuadrillas va Boira, hombrecillo de más que remediada estatura, muy enjuto de carnes, tan rico de musculatura como pobre de colores, un muñeco de acero que lleva la cabeza inclinada al peso de sus filosofías y de sus pesadumbres.

El es uno de los pocos que abrazan la cruz de piedra después de terminada la oración.

Al avanzar por la senda del atajo aquellos conocedores de las piedras, de las retamas, de los barrancos, de los picachos y de todos los indicios diseminados por la soledad, los hombres emprenden sus conversaciones, confiándose cuitas, comunicándose esperanzas, como hacen los soldados con sus compañeros de fila cuando van al combate.

—La probe de mi mujer, — dice Boira á un mocetón como un castillo, que no despega los labios sino para gritar monótonamente: *arre, burra, pasa ya* — está mucho malica; tuese mucho y está enferma paice que del pecho; el médico ma dicho que con cuidaos puá tirar tol verano y tol invierno si no le falta buena costillita de calnero; y que aun entavía pué escaparse si pasa güen invierno. Voy á ganal lo menos ciento cincuenta duros en esta siega, aunque se me truencen los riñones y aunque mesmamente el sol me quemé los pelos. ¡Probecica Joljal! Daría más, mucho más que la metá de mi vida por tenela güena como cuando era moza.

Boira deja escapar dos lagrimones como avellanas. El mocetón como un castillo, que en eso de consolar al triste no es más entendido que en literatura griega, dice por toda contestación:

—¡Arre burra! Si te se muere la... ¡mía, burra! la mujel, ¿qué le vas hacer?... ¡pasa ya, burricál... Toos semos de carne y güeso y tenemos que morir... ¡pol vida de la burral! ¡Probecica... ¡ridies, la burral!...



A LA MAR — Cuadro de J. G. IBAÑETA.

Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

Jolfa! Si no te consuelas, tiés razón... pero te queda entavía... ¡arre burra!... esa, la mesmica, la María, que se merece el mejor mozo del pueblo... y ques más güena quel pan...

\*\*\*

Los segadores tienen la costumbre de citarse para hacer la entrada en el pueblo en un día señalado.

Era el día 8 de Septiembre. Me hallaba yo sentado en el zócalo de la cruz de piedra cuando por un recodo del camino apareció la avanzada de un verdadero batallón de segadores, negros como el betún, negrura que contrastaba con el blanco refulgente de los calzones y camisas.

Me aparté de la cruz.

A unos cien pasos de distancia, un verdadero gentío de mozas y casadas, niños y viejos esperaba alborozado entre gritos y risotadas de franca, de natural alegría.

Llegaron los segadores. Quitáronse sus sombreros de fieltro, arrodilláronse, y durante cinco minutos ni un ruido, ni un siseo, interrumpió el silencio de la oración.

La fe era más fuerte que todas las pasiones. ¡Cómo latirían aquellos corazones! Y sobre todo ¡cómo latiría el del pobre Boira, al ver en primera fila á María, su hija, enlutada, teniendo de la mano á sus dos hermanitos.

Cuando los segadores terminaron su rezo, desbordóse la alegría general.

Pocos pudieron fijarse en que el pobre Boira, más tostado que los demás, se quedaba abrazado á la cruz de piedra.

María y los dos niños llegaron hasta la cruz. Boira, al mirar á sus hijos, prorrumpió en un llanto amargo.

—Más pasó el que murió en ésta — dijo, señalando á la cruz, mientras abrazaba á sus hijos.

\*\*\*

Se perdía el griterío de la muchedumbre allá abajico, á la entrada del pueblo, cuando Boira echó á andar con sus hijos.

—¡Eh, tío Boiral! Yo estoy aquí, ¡por vida de la burra! — dijo de pronto una voz á espaldas del atribulado segador. — Yo... tío Boira... quiero á María... y ella paice que no ma mirau mal nunca... Si quierusté tenel un hijo ahura que ha perdo la mujel, yo le juro por esa cruz, que la cruz de los segadores, que seré güen hijo... si María me quiere.

El que así hablaba era el mocetón como un castillo, que tenía los ojos arrasados en lágrimas, apuntando con un dedo á la cruz, como testigo sagrado de aquella escena dulcísima y como juramento mudo de una alma profundamente cristiana.

José OSÉS LARUMBE



FANTASIA SOBRE MOTIVOS DEL FAUSTO — Barro cocido, de N. SENTENACH.

Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

## LA BARCA

Todos conocen la vieja historia. A los ancianos les cuesta lágrimas; á los jóvenes, suspiros. El viento la trae en sus quejas y las olas en sus ecos...

\*\*\*

Alargaba muchas tardes mis paseos hasta la pequeña ensenada, bordeando la arena que el mar barría con su dulce vaivén dejándole flecos de espuma.

Clavada entre cuatro peñascos había una barca rota; mejor dijera un esqueleto de barca. A veces me paré á contemplarla; una tarde me senté á su lado. Y atraído por su soledad, transcurrió más de una hora.

Al cabo de unos días, la barca rota y yo éramos íntimos amigos. Y con todo el respeto que me inspiraba aquella reliquia del mar, la interrogué... de ese modo que se interroga á las cosas inanimadas que por sugerencias especiales nos parecen guardadoras de secretos.

—¿Quién pudo traerla aquí? Las olas, sólo las olas. En tu abandono leo la derrota.

No envejeciste en la playa y te olvidaron los hombres, tan ingratos con las cosas viejas; tal vez luchaste de joven y la furia te sacudió contra estas rocas y ahí quedaste tumbada como gladiador exangüe. En tu decrepitud hay todavía un gesto de tragedia...

Y volví muchas tardes á sentarme junto á la barca.

Una de ellas, vi acercarse un hombre. Caminaba bordeando la playa, y á trechos la espuma crujiente mojaba sus pies con manso homenaje. Era fornido; iba descalzo; tenía la melena rizada y blanca como piel de armiño; los brazos desnudos; el tórax de coloso, medio á la intemperie.

Lo vi acercarse, más y más, hacia la barca. Me oculté. El viejo se aproximó lentamente, con unción religiosa, clavó en tierra las rodillas y ocultó la cara entre las manos. Por las rendijas de sus dedos salían hilos de lágrimas.

El dolor de aquel hombre tenía el amargo sosiego de los dolores hondos y remotos; su pena era una de esas penas que se acomodan en una y la pueblan y la abruma; que llenan toda una vida.

La barca tenía historia, historia siniestra, ligada por lazos de luto y ruina á otra historia mortal.

El hombre se alzó del suelo, tembloroso, y miró al horizonte que tenía el crepúsculo de color sanguinolento. Yo seguí su mirar vago. Y así estuvimos los dos mucho tiempo. Las tintas bermejas del horizonte se borraron poco á poco. El mar se puso negro y las olas, al deshacerse, comenzaron á contarnos misterios.

Me decidí á romper el silencio:

—¡Buen hombre!



CAZADORES DE PÁJAROS



MARINERO INVALIDO



EL SANTERO